

cielo, y el Duque abrazó á Sancho, y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el gobierno; pero que él haría de suerte que se le diese en su Estado otro oficio de ménos carga y de más provecho. Abrazólo la Duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir mal molido y peor parado.

CAPITULO LVI.

De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre D. Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la dueña D.^a Rodríguez.

No quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha á Sancho Panza del gobierno que le dieron; y mas que aquel mismo día vino su mayordomo, y les contó punto por punto casi todas las palabras y acciones que Sancho había dicho y hecho en aquellos días; y finalmente les encareció el asalto de la insula, y el miedo de Sancho, y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Despues desto cuenta la historia que se llegó el día de la batalla aplazada; y habiendo el Duque una y muy muchas veces advertido á su lacayo Tosilos cómo se había de avenir con D. Quijote para vencerle, sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas, diciendo á D. Quijote que no permitía la cristiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del santo concilio que prohibe los tales desafíos, y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. D. Quijote dijo que su Excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como mas fuese servido, que él le obedecería en todo. Llegado pues el campo y le pasó todo, porque en él no hubiese algun engaño, ni cosa encubierta donde se tropezase y cayese: luego entraron las dueñas, y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos, y aun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente D. Quijote en la estacada. De allí á poco, acompañado de muchas trompetas, asomó por una parte de la plaza sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera y todo encambrado con unas fuertes y lucentes armas. El caballo mostraba ser frison, ancho y de color tordillo: de cada mano y pié le pendía una arroba de lana. Venía el valeroso combatiente bien informado del Duque su señor de cómo se había de portar con el valeroso D. Quijote de la Mancha, advertido que en ninguna manera le matase, sino que procurase huir del primer encuentro, por excusar el peligro de su muerte, que estaba cierto si de lleno en lleno le encontrase. Paseó la plaza, y llegando donde las dueñas estaban, se puso algun tanto á mirar á la que por esposo le pedía: llamó el maese de campo á D. Quijote, que ya se había presentado en la plaza, y junto con Tosilos habló á las dueñas, preguntándoles si consentían que volviese

por su derecho D. Quijote de la Mancha. Ellas dijeron que sí, y que todo lo que en aquel caso hiciese lo daban por bien hecho, por firme y por valedero. Ya en este tiempo estaban el Duque y la Duquesa puestos en una galería que caía sobre la estacada, toda la cual estaba coronada de infinita gente, que esperaba ver el riguroso trance nunca visto. Fué condicion de los combatientes que si D. Quijote vencía, su contrario se había de casar con la hija de D.^a Rodríguez; y si él fuese vencido, quedaba libre su contendor de la palabra que se le pedía, sin dar otra satisfacion alguna. Partiéron el maestro de las ceremonias el sol, y puso á los dos cada uno en el puesto donde habían de estar. Sonaron los atambores, llenó el aire el son de las trompetas, temblaba debajo de los piés la tierra: estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos y esperando otros el bueno ó el mal suceso de aquel caso. Finalmente, D. Quijote encomendándose de todo su corazón á Dios nuestro Señor, y á la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; empero nuestro lacayo tenía diferentes pensamientos: no pensaba él sino en lo que ahora diré. Parece ser que cuando estuvo mirando á su enemiga, le pareció la mas hermosa mujer que había visto en toda su vida; y el niño ceguezuelo, á quien suelen llamar de ordinario Amor por esas calles, no quiso perder la ocasion que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos; y así llegándose á él bonitamente sin que nadie le viese, le envasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el corazón de parte á parte: y pudo hacer bien al seguro, porque el Amor es invisible, y entra y sale por do quiere, sin que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo pues, que cuando dieron la señal de la arremetida estaba nuestro lacayo trasportado, pensando en la hermosura de la que ya había hecho señora de su libertad: y así no atendió al son de la trompeta, como hizo D. Quijote, que apenas la hubo oido, cuando arremetió, y á todo el correr que permitía Rocinante partió contra su enemigo, y viéndole partir su buen escudero Sancho, dijo á grandes voces: Dios te guie, nata y flor de los andantes caballeros: Dios te dé la vitoria, pues llevas la razon de tu parte. Y aunque Tosilos vió venir contra sí á D. Quijote, no se movió un paso de su puesto; antes con grandes voces llamó al maese de campo, el cual venido á ver lo que quería, le dijo: Señor, ¿esta batalla no se hace porque yo me case ó no me case con aquella señora? Así es, le fué respondido. Pues yo, dijo el lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondría en gran cargo si pasase adelante en esta batalla; y así digo que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora. Quedó admirado el maese de campo de las razones de Tosilos, y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detúvose D. Quijote en la mitad de su carrera viendo que su enemigo no le acometía. El Duque no sabía la ocasion porque no se pasaba adelante en la batalla; pero el maese de campo le fué á declarar lo que Tosilos decía, de lo que quedó suspenso y colérico en extremo. En tanto que esto pasaba, Tosilos se llegó adonde D.^a Rodríguez estaba, y dijo á grandes voces: Yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleitos ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la

CAPITULO LVII.

Que trata de cómo D. Quijote se despidió del Duque, y de lo que le sucedió con la discreta y desenuelta Altisidora, doncella de la Duquesa.

Ya le pareció á D. Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenía, que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacia en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos y deleites, que como á caballero andante aquellos señores le hacían, y parecíale que había de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento, y así pidió un día licencia á los Duques para partirse. Diéronselo con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase. Dió la Duquesa las cartas de su mujer á Sancho Panza, el cual lloró con ellas, y dijo: ¿Quién pensara que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi mujer Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno, habían de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo D. Quijote de la Mancha? Con todo esto, me contento de ver que mi Teresa correspondió á ser quien es enviando las bellotas á la Duquesa, que á no habérselas enviado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida. Lo que me consuela es, que á esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenía yo el gobierno cuando ella las envió, y está puesto en razon que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías, se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el gobierno, y salgo desnudo dél, y así podré decir con segura conciencia, que no es poco: Desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Esto pasaba entre sí Sancho el día de la partida; y saliendo D. Quijote, habiéndose despedido la noche ántes de los Duques, una mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Miráble de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los Duques salieron á verle. Estaba Sancho sobre su rucio con sus alforjas, maleta y repuesto, contentísimo, porque el mayordomo del Duque, el que fué la Trifaldi, le había dado un bolsico con doscientos escudos de oro, para suplir los menesteres del camino, y esto aun no lo sabía D. Quijote. Estando, como queda dicho, mirándole todos, á deshora entre las otras dueñas y doncellas de la Duquesa que le miraban, alzó la voz la desenuelta y discreta Altisidora, y en son lastimero dijo:

Escucha, mal caballero,
Deten un poco las riendas,
No fatigues las ijadas
De tu mal regida bestia.
Mira, falso, que no buyes
De alguna serpiente fiera,
Sino de una corderilla,
Que está muy lejos de oveja.
Tú has burlado, monstruo horrendo,
La mas hermosa doncella
Que Diana vió en sus montes,
Que Venus miró en sus selvas.
Cruel Vireno, fugitivo Enéas,
Barrabas te acompañe, allí te avengas.
Tú llevas, ¡llevar impío!
En las garras de tus cerras
Las entrañas de una humilde,
Como enamorada tierna.
Llévaste tres tocadores
Y unas ligas de unas piernas,
Que al mármol puro se igualan
En lisas, blancas y negras.
Llévaste dos mil suspiros,
Que á ser de fuego, pudieran
Abrasar á dos mil Troyas,
Si dos mil Troyas hubiera.
Cruel Vireno, fugitivo Enéas,

muerte. Oyó esto el valeroso D. Quijote, y dijo: Pues esto así es, yo quedo libre y suelto de mi promesa: cásense enhorabuena, y pues Dios nuestro Señor se la dió, S. Pedro se la bendiga. El Duque había bajado á la plaza del castillo, y llegándose á Tosilos le dijo: ¿Es verdad, caballero, que os dais por vencido, y que instigado de vuestra temerosa conciencia os quereis casar con esta doncella? Sí, señor, respondió Tosilos. El hace muy bien, dijo á esta sazón Sancho Panza, porque lo que has de dar al murdalo al gato, y sacarte ha de cuidado. Ibase Tosilos desenlazando la celada, y rogaba que apriesa le ayudasen, porque le iban faltando los espíritus del aliento, y no podía verse encerrado tanto tiempo en la estrechez de aquel aposento. Quitáronselo apriesa, y quedó descubierto y patente su rostro de lacayo. Viendo lo cual D.^a Rodríguez y su hija, dando grandes voces, dijeron: Este es engaño, engaño es este; á Tosilos el lacayo del Duque mi señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo: justicia de Dios y del rey de tanta malicia, por no decir bellaquería. No vos acuiteis, señoras, dijo D. Quijote, que ni esta es malicia, ni es bellaquería: y si la es, no ha sido la causa el Duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los cuales invidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el deste que decis que es lacayo del Duque: tomad mi consejo, y á pesar de la malicia de mis enemigos casaos con él, que sin duda es el mismo que vos deseais alcanzar por esposo. El Duque, que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dijo: Son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor D. Quijote, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es; pero usemos deste ardid y maña; dilatemos el casamiento quince días si quieren, y tengamos encerrado á este personaje, que nos tiene dudosos, en los cuales podría ser que volviese á su pristina figura, que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al señor D. Quijote, y mas yéndoles tan poco en usar estos embelecos y trasformaciones. ¡Oh señor! dijo Sancho, que ya tienen estos malandrines por uso y costumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan á mi amo. Un caballero que venció los días pasados, llamado el de los Espejos, le volvieron en la figura del bachiller Sansón Carrasco, natural de nuestro pueblo y grande amigo nuestro, y á mi señora Dulcinea del Toboso la han vuelto en una rústica labradora, y así imagino que este lacayo ha de morir y vivir lacayo todos los días de su vida. A lo que dijo la hija de la Rodríguez: Séase quien fuere este que me pide por esposa, que yo se lo agradezco, que mas quiero ser mujer legitima de un lacayo, que no amiga y burlada de un caballero, puesto que el que á mí me burló no lo es. En resolucion, todos estos cuentos y sucesos pararon en que Tosilos se recogiese hasta ver en qué paraba su trasformacion. Aclamaron todos la vitoria por D. Quijote, y los mas quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habían hecho pedazos los tan esperados combatientes: bien así como los mochachos quedan tristes cuando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado ó la parte ó la justicia. Fuése la gente, volviéronse el Duque y D. Quijote al castillo, encerraron á Tosilos, quedaron D.^a Rodríguez y su hija contentísimas de ver que por una via ó por otra aquel caso había de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba ménos.

Barrabas te acompañe, allá te avengas.

Dese Sancho tu escudero

Las entrañas sean tan terreas

Y tan duras, que no salga

De su encanto Dulcinea.

De la culpa que tú tienes

Lleve la triste la pena:

Que justos por pecadores

Tal vez pagan en mi tierra.

Tus mas finas aventuras

En desventuras se vuelvan;

En sueños tus pasatiempos,

En olvidos tus firmezas.

Cruel Vireno, fugitivo Enéas,

Barrabas te acompañe, allá te avengas.

Seas tenido por falso

Desde Sevilla á Marchena

Desde Granada hasta Loja,

De Londres á Inglaterra.

Si jugares al reinado,

Los cientos, ó la primera,

Los reyes huyan de tí,

Ases ni sietes no veas.

Si te cortares los callos,

Sangre las heridas viertan,

Y quédente los raigones,

Si te saecares las muelas.

Cruel Vireno, fugitivo Enéas,

Barrabas te acompañe, allá te avengas.

En tanto que de la suerte que se ha dicho se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando D. Quijote, y sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho le dijo: Por el siglo de tus pasados, Sancho mio, te conjuro que me digas una verdad: Dime, ¿llevas por ventura los tres tocadores y las ligas que esta enamorada doncella dice? A lo que Sancho respondió: Los tres tocadores sí llevo; pero las ligas, como por los cerros de Ubeda. Quedó la Duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora, que aunque la tenia por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera á semejantes desenvolturas; y como no estaba advertida desta burla, creció mas su admiracion. El Duque quiso reforzar el donaire, y dijo: No me parece bien, señor caballero, que habiendo recibido en esté mi castillo el buen acogimiento que en él se os ha hecho, os hayais atrevido á llevaros tres tocadores por lo ménos, si por lo mas las ligas de mi doncella: indicios son de mal pecho, y muestras que no corresponden á vuestra fama: volvedle las ligas, si no, yo os desafio á mortal batalla, sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos mi lacayo, el que entró con vos en batalla. No quiera Dios, respondió D. Quijote, que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes he recibido: los tocadores volveré, porque dice Sancho que los tiene; las ligas es imposible, porque ni yo las he recibido, ni él tampoco; y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle. Yo, señor Duque, jamas he sido ladrón, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla, segun ella dice, como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa, y así no tengo de qué pedirle perdon, ni á ella ni á vuestra Excelencia, á quien suplico me tenga en mejor opinion, y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino. Déosle Dios tan bueno, dijo la Duquesa, señor D. Quijote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechorías, y andad con Dios, que miétras mas os deteneis, mas aumentais el fuego en los pechos de las doncellas que os miran, y á la mia yo la castigaré de modo que de aquí adelante no se desmande con la vista ni con las palabras. Una no mas quiero que me escuches, oh valeroso D. Quijote, dijo entónces Al-

tisidora, y es, que te pido perdon del latrocinio de las ligas, porque en Dios y en mi ánima que las tengo puestas, y he caido en el descuido del que yendo sobre el asno le buscaba: ¿No lo dije yo? dijo Sancho; bonito soy yo para encubrir hurtos, pues á quererlos hacer, de paleta me habia venido la ocasion en mi gobierno. Abajó la cabeza D. Quijote, y hizo reverencia á los Duques y á todos los circunstantes, y volviendo las riendas á Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el rucio, se salió del castillo, enderezando su camino á Zaragoza.

CAPITULO LVIII.

Que trata de cómo menudearon sobre D. Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras.

Cuando D. Quijote se vió en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías, y volviéndose á Sancho le dijo: La libertad, Sancho, es uno de los mas preciosos dones que á los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida; y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto; Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido: pues en mitad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve me parecia á mí que estaba metido entre las estrechuras de la hambre, porque no lo gozaba con la libertad que lo gozara si fueran míos: que las obligaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas son ataduras que no dejan campear al ánimo libre. Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo cielo. Con todo eso, dijo Sancho, que vuesa merced me ha dicho, no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte docientos escudos de oro, que en una bolsilla me dió el mayordomo del Duque, que como pitima y confortativo la llevo puesta sobre el corazon para lo que se ofreciere, que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen, que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen. En estos y otros razonamientos iban los andantes caballero y escudero, cuando vieron, habiendo andado poco mas de una legua, que encima de la yerba de un pradillo verde, encima de sus capas estaban comiendo hasta una docena de hombres vestidos de labradores. Junto á sí tenían unas como sábanas blancas con que cubrian alguna cosa que debajo estaba: estaban empinadas y tendidas, y de trecho á trecho puestas. Llegó D. Quijote á los que comian, y saludándolos primero cortesmente les preguntó, que qué era lo que aquellos lienzos cubrian. Uno de ellos le respondió: Señor, debajo destes lienzos están unas imágenes de relieve y entalladura que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea: llevámoslas cubiertas porque no se desfloren, y en hombros porque no se quiebren. Si sois servidos, respondió D. Quijote, holgaria de verlas, pues imágenes que con tan to recato se llevan, sin duda deben de ser buenas. Y cómo si lo son, dijo otro, si no, dígalo lo que cuestan, que en verdad que no hay ninguna que no esté en mas de cincuenta ducados: y porque vea vuesa merced esta verdad, espere

vuesa merced, y verla ha por vista de ojos; y levantándose dejó de comer, y fué á quitar la cubierta de la primera imagen, que mostró ser la de S. Jorje, puesto á caballo con una serpiente enroscada á los piés, y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse. Toda la imagen parecia una ascua de oro, como suele decirse. Viéndola D. Quijote, dijo: Este caballero fué uno de los mejores andantes que tuvo la milicia divina: llamóse D. S. Jorje, y fué ademas defendedor de doncellas. Veamos esta otra. Descubrióla el hombre, y pareció ser la de S. Martin puesto á caballo, que partia la capa con el pobre; y apenas la hubo visto D. Quijote, cuando dijo: Este caballero tambien fué de los aventureros cristianos, y creo que fué mas liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le da la mitad; y sin duda debia de ser entónces invierno, que si no, él se la diera toda, segun era de caritativo. No debió de ser eso, dijo Sancho, sino que se debió de atender al refran que dicen, que para dar y tener, seso es menester. Rióse D. Quijote, y pidió que quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrió la imagen del patron de las Españas á caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas; y en viéndola dijo D. Quijote: Este sí que es caballero, y de las escuadras de Cristo; este se llama D. S. Diego Matamoros, uno de los mas valientes santos y caballeros que tuvo el mundo, y tiene ahora el cielo. Luego descubrieron otro lienzo, y pareció que encubria la caída de S. Pablo del caballo abajo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversion suelen pintarse. Cuando le vido tan al vivo, que dijera que Cristo le hablaba, y Pablo respondia: Este, dijo D. Quijote, fué el mayor enemigo que tuvo la iglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamas: caballero andante por la vida, y santo á pié quedó por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, á quien sirvieron de escuelas los cielos, y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo. No habia mas imágenes, y así mandó D. Quijote que las volbiesen á cubrir, y dijo á los que las llevaban: Por buen agüero he tenido, hermanos, haber visto lo que he visto, porque estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es, que ellos fuéron santos, y pelearon á lo divino, y yo soy pecador, y peleo á lo humano. Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo hasta ahora no sé lo que conquisto á fuerza de mis trabajos; pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorándose mi ventura y adobándose el juicio, podria ser que encaminase mis pasos por mejor camino del que llevo. Dios lo oiga, y el pecado sea sordo, dijo Sancho á esta ocasion. Admiráronse los hombres así de la figura como de las razones de D. Quijote, sin entender la mitad de lo que en ellas decir queria. Acabaron de comer, cargaron con sus imágenes, y despidiéndose de D. Quijote, siguieron su viaje. Quedó Sancho de nuevo como si jamas hubiera conocido á su señor, admirado de lo que sabia, pareciéndole que no debia de haber historia en el mundo, ni suceso que no lo tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria, y díjole: En verdad, señor nuestro, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las mas suaves y

dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinacion nos ha sucedido: della habemos salido sin palos y sobresalto alguno, ni hemos echado mano á las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos: bendito sea Dios, que tal me ha dejado ver con mis propios ojos. Tú dices bien; Sancho, dijo D. Quijote; pero has de advertir que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte: y está que el vulgo suele llamar comunmente agüeros, que no se fundan sobre natural razon alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos. Levántase uno destes agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la orden del bien aventurado San Francisco, y como si hubiera encontrado con un grifo vuelve las espaldas y vuélvese á su casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele á él la melancolia por el corazon, como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas. El discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo. Llega Cipion á Africa, tropieza en saltando en tierra, tiénelo por mal agüero sus soldados; pero él abrazándose con el suelo dijo: No te me podrás huir, Africa, porque te tengo asida y entre mis brazos. Así que, Sancho, el haber encontrado con estas imágenes ha sido para mí felicísimo acontecimiento. Yo así lo creo, respondió Sancho, y querria que vuesa merced me dijese, ¿qué es la causa por que dicen los españoles cuando quieren dar alguna batalla, invocando aquel S. Diego Matamoros: Santiago y cierra España? ¿Está por ventura España abierta, y de modo que es menester cerrarla; ó qué cerimonia es esta? Simplicísimo eres, Sancho, respondió D. Quijote, y mira que este gran caballero de la cruz bermeja háselo dado Dios á España por patron y amparo suyo, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido, y así le invocan y llaman como á defensor suyo en todas las batallas que acometen, y muchas veces le han visto visiblemente en ellas derribando, atropellando, destruyendo y matando los agarenos escuadrones: y desta verdad te pudiera traer muchos ejemplos, que en las verdaderas historias españolas se cuentan. Mudó Sancho plática, y dijo á su amo: Maravillado estoy, señor, de la desenvoltura de Altisidora, la doncella de la Duquesa: bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que llaman Amor, que dicen que es un rapaz ceguezuelo, que con estar lagañoso, ó por mejor decir sin vista, si toma por blanco un corazon, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte á parte con sus flechas. He oido decir tambien que en la vergüenza y recato de las doncellas se despuntan y embotan las amorosas saetas; pero en esta Altisidora mas parece que se aguzan, que despuntan. Advierte, Sancho, dijo D. Quijote, que el amor ni mira respetos, ni guarda términos de razon en sus discursos, y tiene la misma condicion que la muerte, que así acomete los altos alcázares de los reyes, como las humildes chozas de los pastores, y cuando toma entera posesion de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza, y así sin ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho ántes confusion que lástima. ¡Crueldad notoria! dijo Sancho, ¡desagradecimiento inaudito! Yo de mí sé decir que me rindiera y avasallara la mas mínima